

era un ritual. Se celebraba desde muy antiguo y todos los asistentes se mostraban de acuerdo en que estaba bien «es agradable después de todo — repetía Rosina Escudero sistemáticamente, sin omitir jamás su sonrisita bobalicona ni modificar una sola palabra de una vez para otra — esto de verse, aunque sea de tarde en tarde, y comentar, cambiar impresiones y, si sobra tiempo, charlar un poquito de esto y de lo otro»; era muy grato, sí, estar juntos, corroborándolo cada cual con sus propios tópicos acuñados desde tiempo inmemorial.

Sobró tiempo, dijo Carlota Manzano, sin embargo; sobró tiempo y todo el mundo lo achacó a que al faltar Sebastián — fallecido meses atrás en circunstancias que dijo Charito no iban al caso encareciendo, eso sí, cuánto había que celebrar lo muy poquito que había sufrido porque no le dio tiempo a enterarse de nada y añadiendo, tras suspirar muy profundamente y llevarse a los ojos un pañuelo de papel arrugado «¿quién tuviera una muerte tan dulce?», y que Dios lo tuviese en su gloria tan hablador y tan dicharachero y tan simpático — las frases que no pudo decir diseminaron, por aquí y por allá, un sinfín de retazos de silencios que, agrupados, arrojaron un saldo de vacío tan molesto para todos que, «como había que rellenarlo — recordó la Manzano — fuera como fuera», acabó por conducir a que, alguien, terminara sacando a colación a Elena..

— ¡Oh, de Elena no me hable! — que había rechazado de plano, dijo, un tal Rogelio del Viso que explicó —: tenía la abominable costumbre de evocar... si es que venía al caso, aunque aun no viniendo también la evocaba, tal era la incomprensible admiración que al parecer sentía por ella, a una tal Raquel que, se decía, relató una vez no sé qué historia... ¡nada interesante, estoy seguro!, cuyo mayor atractivo, ¡imagínense!, era que empezaba por los pies.

—Pero, si eran unos pies bonitos...

—No bromeé. El asunto es del todo ridículo — del Viso, con mucha sequedad —; más cuando lo que estoy pretendiendo poner de relieve es, precisamente, lo muy deseable que en todos los órdenes de la vida es la coherencia.

—Ah, pues no sé — otro, a quien Carlota solía recordar «de manera un tanto difusa en lo que se refiere a su fisonomía, no vulgar pero sí corriente; sí os puedo asegurar sin

embargo que se trataba de un hombre afable aunque menos ingenioso, no tan dado a la broma como el que hiciera el juego de palabras», sacando ella, sin darse cuenta, con las suyas, a María Francisca de una especie de sopor para considerar, como para sí con voz gangosa aún somnolienta, si no estaría «mejor dicho, digo yo, “no tan dado al juego de palabras como el que hiciera la broma”»; aunque la otra, oyérala o no la oyese, siguió con lo suyo y —: pero, por las noticias que yo tengo, era la tal Raquel una mujer sensata.

— ¿Sensata? — «un tercero», así de escuetamente y sin precisarnos si hombre si mujer joven o viejo ni aportar Carlota peculiaridad alguna, que dijo no disponer de más elemento de juicio que lo que indirectamente le había llegado de ella pero —: Parece que alimentaba en su cerebro... ¡enfermo!, me atrevería a asegurarles, no sé qué proyecto estrafalario de mostrar al mundo cierta suerte... malhadada, por cierto, y que me perdone Rogelio por esta vez el juego de palabras, de teoría absolutamente grotesca consistente en...

—No tan deprisa, amigo mío — interrumpió un joven «eso sí, con muy buenas maneras; un joven, os añadiría si el tiempo no apremiase, que, sin poder decir con propiedad que fuese un hombre guapo, exhalaba un ‘qué sé yo’, un cierto encanto que me recordó una de esas películas...de Visconti, por ejemplo, que le gustan tanto a Piluca Cuesta» que, esbozando una amable sonrisa, apuntó —: pues habrá más de uno y de dos entre los presentes que consideren, con muy buen criterio... me permito opinar, que calificar de grotesca una teoría es... ¿cómo diría yo?...

— ¿“Precipitado”, por ejemplo? — Una a quien Carlota Manzano, y pese a lo que se dice por ahí de que las chicas guapas se odian unas a otras, calificó de “preciosidad” levantando, eso sí, las protestas de Rebeca... no porque ella fuese fea, entendámonos, sino porque, como la misma Carlota mencionara, íbamos mal de tiempo.

— ¡“Por ejemplo”!

— ¿“Precipitado”? , ¿de veras? —el que, quise entender, había dicho “y que me perdone por esta vez Rogelio” porque Carlota, que empezó muy bien adjudicando a cada cual su frase, se había ido poco a poco desviando del camino y tiraba más ahora

hacía lo que se decía que a los “quiénes” —; ¿es esa la verdad de lo que piensan?

— ¡Desde luego que sí! — «exclamó la guapa», hablando tan alto inmersa en su papel Carlota Manzano que, aunque María Francisca siguió en el séptimo cielo como era tan sorda, el perro sí se despertó y, sobresaltado, ladró — yo por lo menos —, que dijo que lo dijo bajando la voz y debía de ser así porque también ella la bajó—; porque, vamos a ver: ¿se puede calificar de grotesca, ni de “nada definitivo” una teoría cuando la esencia misma de la teoría es su basarse en suposiciones?

— ¡Pero “suposiciones”, lógicas! — el otro y, Carlota Manzano, imbuida tanto por este papel suyo de “hombre no descrito”, por llamarlo de alguna manera, como por el anterior de mujer guapa, con voz campanuda —: « ¡”lógicas”, no lo olvide mi querida señora!» y que o porque de lo contrario, resumió viendo que Rebeca estaba en ascuas, estaríamos jugando con trampa o cayendo en sofismas.

— ¿“Sofismas”? — «quiso preguntar Rosina Escudero, que tras las frases estereotipadas de rigor no había vuelto a abrir el pico» y Román, que tampoco había abierto hasta entonces el suyo, también quiso preguntarlo... y de hecho lo preguntaron, los dos, por lo visto, porque, uno y otra, fueron ignorados aquella allí «porque era algo muy similar a una farola» dijo Carlota Manzano, y éste aquí porque aunque Chelo Rubio hizo intención de ir a explicárselo desistió a la vista de cómo con cara de pocos amigos se daba golpes reiterados en el reloj Rebeca.

La guapa contestó — «resumiendo», que hasta Carlota Manzano, y eso que tenía “cuajo” como solía decir Cristina, empezaba a agobiarse — que ella no quería caer en nada y menos en algo que no tenía la menor noción de qué era, pero que...

— ¡Pues entonces! — el “personaje no descrito” y, Carlota —: que qué hacía ella, enfrentándosele muy encrespado a la guapa “¡mi querida señora defendiendo!” una teoría no sólo grotesca, que eso lo mantendría, sino, era más, absolutamente ridícula consistente en...

—“Consistente en” —un caballero alto, de edad avanzada, con voz enérgica sí pero entonación suave que, tras repetir las últimas palabras del otro lo miró con los ojos

entornados, fijamente, como si lo escrutara, pero no a los ojos sino al centro del pecho y agregó tan sólo — ¿en qué?

—Pues...

—No se aventure, que mal podría degradar... o enaltecer, si fuera el caso, la viabilidad o inviabilidad de un proyecto, a su juicio muy digno de respeto extravagante, de mostrar al mundo la bendición, “bendición”, sí, por más que a usted y a tantos otros les pueda parecer ridículo, de una teoría consistente en...

— ¡Abuelo, por favor — una muchacha delgadita — no lo intentes!

—Tienes razón — él, reconsiderando, pensativo, moviendo afirmativamente la cabeza y la mirada triste. Y, tras un suspiro —: sólo era una teoría, una teoría que jamás pudo nadie demostrar y, la fe, todo el mundo lo sabe, nunca ha movido montañas.

—Es que — la nieta — es terriblemente terco. Tendría que haber aprendido que siempre que se obstina en llevar adelante el planteamiento de en qué consistía la esencia del pensamiento de Raquel se termina por poner en evidencia.

—Pues sí que es contrariedad — el que dijera un rato antes que por las noticias que él tenía era Raquel una mujer sensata — que después de ponernos la miel en los labios no nos lo cuentan.

—Yo — una regordeta con granos que no había parado de cuchichear con la de atrás, comiendo pipas —, y fíjense que no soy nada curiosa, estoy un poquito intrigada.

Y, como otros cuantos insistieran por tratar de sonsacarlo pero la nieta se mantuviese en su, dijo Carlota, nada suplicante a decir verdad “¡abuelo, por favor!” consideró ella que, bueno, mal que bien «yo sé», sabía qué decía Elena y, cansada de una tarde tan aburrida y sin nadie, por otra parte, «que me echara el alto “¡Carlota, por favor!”», ¿qué arriesgaba ella —se preguntó, tan poquísimo sentido del ridículo que tuvo siempre y ese marido suyo que nunca la acompañó a ninguna parte aunque nada más fuera para velar por ella poniéndole un poquito de freno — por contarles que Elena sostendría hasta el día de su muerte que Raquel, influenciada por la peculiar concepción del mundo de que don Ricardo la imbuyera consistente en que existe

cierto paralelismo entre la vida y la *teoría de los conjuntos* «“conjuntos” y “disjuntos”, a su vez — precisó —, dependiendo de... algo en lo que se negaba a entrar Raquel so pretexto de “esa es otra historia”», consideraba que, al referenciar cualquier acontecimiento del que se tuviese noticia, sería interesante relatarlo dando prioridad no a los hechos más relevantes o notorios que hubiesen conferido al tal evento la dignidad de merecer el ser contado sino a las pequeñas circunstancias accesorias que «a modo aderezos en una mujer, por poner un ejemplo, o de condimentos en una salsa, por poner otro» le aportaron toques de individualidad que al “conjuntarse o desjuntarse”, «entre sí si nos quedamos con el ejemplo de la mujer y su peinado o el color de su carmín o de sus guantes o con el de la salsa, vinagreta, por poner por caso, sencilla o historiada» o entre ambos si considerábamos la mujer y la salsa ya para compararlas, metafóricamente, ya para establecer una correlación entre tal o cual estilo de mujer y su gusto por este o aquel tipo de ensalada, determinaron, al margen de la importancia real «¡tan subjetiva siempre!», decía Raquel» que el tal hecho tuviese, la forma en que éste configuró la memoria... o quizá el inconsciente de quienes, cuando estaban teniendo noticia de él «el hecho», centraron su atención o su interés en «lo que pudiera llamarse propiamente “el bulto”» decía, en tono despectivo, o, dulcificándose, «el detallito que determinará su trascendencia» más allá de los límites, tan limitados, precisaba, de la razón?.

Y era al llegar ahí exactamente y tirar ella, Carlota, el bolso con gesto de cansancio sobre el sofá aquí, en nuestro salón presidido por una copia de *Le Moulin de la Galette* que mamá había comprado en un mercadillo, donde — cuando doña Piedad unas veces de pie al lado del ventanal y otras sentada, un poco de medio lado y con el codo sobre la tapa cerrada del piano, después de haber permanecido con los ojos entornados marcando lentos círculos adelante siempre con el índice derecho en el aire, los abría y «muy bien, Conchi; ¡muy bien cerrada esa interrogación!» esbozando una sonrisa y dejando caer las manos ya sobre el alféizar ya sobre la partitura del concierto para... piano, sí, suspiraba, «número 2 de Rachmaninov, para ser exactos» — Alejandra debía cerrar el frasquito de esmalte para las uñas, ponerse de pie, dejarlo sobre el mármol del aparador que tenía a

En las tardes tristonas de invierno

su espalda, rodear la mesa de centro y caminar hasta Piedad para, poniéndole una mano en el hombro, decir “muy bien, María Luisa”; pero que recordase, al objeto de evitar malos entendidos, que el concierto era de Rasmaninov, sí; para piano, también; pero *¡a ver si puede ser que te fijas un poquito, caramba!*, el número tres; pero se equivocaba, casi siempre, y lo que hacía era decir «esto es exactamente lo que yo quería decir».